



La Catorce

ROGELIO AGUIRRE

La Casa Andrógina

Editorial Independiente

LA CATORCE¹

*

Rogelio Aguirre

La Casa Andrógina

Editorial Independiente

¹ Ganador del I Certamen de Literatura Regional “Iniciantes del Camino” (Poesía). En San Cristóbal a los veintinueve días del mes de noviembre del año 2019, otorgado por la Dirección de Cultura de la Gobernación del estado Táchira.

1ª edición, 2020

Portada
Miguel Macrino

Diagramación
Milagro Meleán

La Casa Andrógina
Editorial Independiente
Derechos Reservados por el Autor.

no prólogo

“se oye un murmullo de entre cortadas palabras y las muchachas reparten en lluvia cintas doradas”

el tiempo se cierne sobre el ser-lírico como una centella que detiene la luz en sí misma, el espacio, para comprender desde los bordes del lenguaje lo que en el mundo se conoce como vida y su relación con el espíritu de quien hecho árbol, piedra y caballo, se lanza como un eco de espejo a recobrar esa suerte de inteligencia que lo devuelve incansablemente al sitio, a la imagen que ocupa inexorable en ese presente eterno y cotidiano del poema, como una forma de aclararlo todo aún más allá de lo pensable, para conseguir quizás la antigua unión que dereck walcott y octavio paz sugieren es la quietud que predomina en el centro de la poesía

freddy yance

Cuando regreso del viaje imaginario, me abandono a reír.

Juan Sánchez Peláez

Volvía a mi antiguo y sombrío mundo en llamas.

Marosa Di Giorgio

PROSTÁTICA

Arde la ciudad, arden las palabras y las reseñas; los espacios, las plazas son otro alambre, otra llaga, otra lectura; arde la mano alzada tallando un samán, como chupando líquido del tanque, como haciendo luz. Arde la planta, el juanete, las campanas sin ritmo troquelan el combustible del poema, las llantas, el caucho, los caballos de fuerza recordarán una forma de saltarse las normas, de perderse en los dedos, en pastillas. Así la imprudencia nacería de las manos, del consejo propio, de las gotas gastando su virilidad. Así arde, así nos lleva saltando riesgos, sabiéndonos derrotados. Es tarde, las pantallas no abanicen su presencia, ni el brillo, ni los cuerpos de la publicidad. Arde y detrás nacen las matas secas. La aridez.

Dejas los restos. Levántala para que caiga, deja florear la manguera, su belleza trastoca los bolsillos, hieden las fosas; las cavernas aquí vengo a danzar, a vencer la hora, la prótesis del poema que no invento, versos que no tarjo. Alguien levanta un embudo, la mágica enfermedad, el agua traspasa los recipientes y un tanque se daña. Así funcionan las cosas, así repites cada día en escaleras. Se oscurece y dejas los restos, dejas los pasos académicos, que la gravedad haga su trabajo. No quieres sino escribir, pero sucumben los paisajes universales, la no existencia del paseante, el campo sin color. Ya tanqueas la mirada, ya sabes los oficios del paisano, ya vives de pura gota. Sonríe.

PASAJERO

Siembras la piedra, cada pálpito asevera tu actuación, atrás quedan las cuestas y los ascensores. Alzas tu mano, aprietas tierra, galones y billeteras, aquí enderezas la vista y el río se seca. Evaporadas las palabras, perdidas las bestias de carga algo te hace pensar, algo te vulnera entre renacuajos, las horas, el sol, los minutos hediondos del pasajero como un mal de cloaca, como una escama matrimonial. No ves aún potros retorcidos, no las cabezas amontonadas, el botín. Sabes que la mano aprieta, que los espacios desahucian tu ternura. Sabes el mito de las gandolas, las explosiones municipales viven en ti. No silbes la copa agraria, no estremezcas el sueño con otras sílabas, dialectos sin nacer.

Buscas el poema,
lees asediado de lenguaje
palabras ajenas,
lees abatido,
buscas el chorro predilecto,
el vocablo base,
el título de enunciación.
Buscas, hurgas algo qué decir,
algo perdido, sin forma,
sabes que existen pasos,
maneras de acercarse a la escritura,
al diálogo inverso,
al libro que nace muerto en ti.
Entonces caminas,
escribes toda maleza encharcada
y encuentras
una razón:
señores caminan aireados,
otro tiempo,
otra música sonada sin bombillo
como el mugido,
como las vacas pastando,

como el tiempo que pierdes al leer.

Piensas

si acaso

el lenguaje te atraviesa como líquido a un embudo.

No hay respuesta. No hay voluntad.

GIRONDO CRUZA LA CATORCE Y HABLA CONMIGO

En medio de la calle, los negocios transpiran el humo de la ciudad.

Sus motores se quiebran en los umbrales, sus bombillos crecen negros por el temblor. Con un brazo en la tuerca halas el bramido de la máquina y lo oscuro se ilumina.

Y conoces la mirada de los transeúntes, las manos que tocan sin preguntar, que pervierten el ojo de la poesía y esperan victorias.

La luz del local se acaba de tragar a un niño.

Pasa: una vaca de pezuñas áureas, un señor goteando, un joven objeto de colaboración.

Pasa el libro entre los dedos.

De repente el dueño grita y todos salen, primero el bombillo, las mujeres, hasta la pieza vacía.

Ya ni susurros.

CHARLES WRIGHT TOMA MICHE CLARO EN EL HOTEL MONTAÑA

Sí. Las gotas caen como hojas del libro que no dejas de pensar, Rogelio.

Es domingo, la luz solar se esconde tras las cortinas, afuera solo hay oscuridad, eso lo sabes.

No deja de llover, los árboles arropan al pájaro madrugador.

Mientras tanto

doy un sorbo a la botella y pienso, estamos lejos de la podredumbre.

El mundo está separado de nosotros.

Finaliza el mes, partimos de San Cristóbal.

Uno siente quebrado el tiempo.

La bolsa plástica animada por el sol se ennegrece.

Es un consuelo.

Los ríos pasan y suena la vida golpeada por vocales.

Toma conciencia. Este no es tu cuerpo.

Esa no es tu amada, aunque quisieras que fuese así.

Apaga en ti la ilusión,

la vida que examinas

¿Qué dirás?

Pensar no es suficiente.

No basta abrocharse los zapatos.

Todo lo que buscas se pierde, hasta la lengua.

Hay escombros, hay pavimento sobre habladuría,
ruido, estática la palabra se ennoblece,
se arrincona
determinada a desaparecer.

Así oscureces los papeles carcelarios,
las próximas horas de una elegía ecuestre,
el río sin cantar.

Es mentira el verde o el hedor de los potreros,
solo el grito,
el ruido,
las aulas y otra voz.

Así te levantas de los desechos,
el concreto,
la lengua que pierdes al escribir.

Se repiten pensamientos,
la música
reitera la simpleza que hila el habla.

No hincas la corneta o el vaso automotriz,
la nueva estética.

El látigo suena,
así escuchas,
así obedeces,

te sientas.

Cruzas la calle y ahí está: La Catorce, sus educativos frentes, su falsa compasión, su odio a procedimentales pisadas del aula, su irrecurrible postulado. Cruzas la calle y reglamentas la brisa, las hojas muertas del árbol mal podado, los cables, el mal aliento. Paisaje homicida, no suscribes compromisos, no vulneras la hoja que hoy presentan impúberes, no alzas la piedra, la ventana, humo o grafiti sobre los muros de la institución. No quebrantas más la pantalla noticiera, no culminas tu hora en los autobuses sino en la planta gastada. Cruzas la calle, pierdes el poema, el juicio, los segundos restantes para huir.

Y te sientas
y de pronto abres la ventana
y no quema el sol
y no sanan las palabras como latigazos
y no dejas de pensar,
 el río quebrado,
 la planta hundida
 atraviesa sus falanges
 y no toca
y no aceptas que olvidas cómo trazas la línea,
el modelo inicial, el formato de toda escritura,
 poética o no,
y amanece sin pisadas
y cada suela te arrasa en la doctrina
y eres ciego,
 tambaleas la hoja pura,
 de igual manera decides
 repetir cada estrofa
 cada espacio transcurrido,
 cada bache en la lógica.

MAYO

*Abora soy esta luz al fondo de sus ojos,
ya naceré después, llevo escrita mi fecha,
estoy aquí con ellos hasta que se despidan,
sin que puedan mirarme me detengo:
quiero cerrarles suavemente los párpados.*

Eugenio Montejó

DON ISIDRO

Gasto la suela en el cielo,
en un viejo huerto sin piedras.

Llevo los dones en Mayo,
los días como heridas abiertas,
una dulce palabra, hombre mío,
botas manchadas de velorio
acompañan tus pasos.

Vienes, caminata infiel,
te hurtan los dientes podridos,
te hurtan la maleza y el sueño;
de la forma debo deducir,
 paisaje y muerte,
Isidro, paisaje y sombra sobre ti,
luz, caminería negra.
Debes deducir la pérdida,
la quebrada del poema bastardo
 muere sin nacer.

Es tu aliento de muerto,
hijo nacido de la espalda
vistes para sanar,
para quebrar el sueño,
la lengua.

Somnolienta palabrería,
pago la pena de ser otro.

Tocas la madera,
es dulce, resuelve su sombra.
Barres la funeraria, ese espacio sincero,
sucio como el pozo,
deprimido como una madre callejera.

Hago cuenta de los dedos que aún me quedan, abuelo
mío,
nada me distrae, estoy a salvo,
sigo estando abandonado, herido, sepultado
mientras afilo piedras en el atardecer.
Estás aquí, vuelas la mirada,
el salmo, no hay propuestas,

sé que vienes a caducar.

Yo también nací en Mayo,
desahuciada
rata me incriminas,
yo también borré la planta,
el ígneo caminar,
esa teoría de la fosa,
 la negra fosa
donde apareciste por primera vez
cuando me enseñaste el chimó confiscado,
licor bajo almohada
no te das cuenta,
la borrachera
es evidente.

Yo también nací en Mayo,
yo también morí en Mayo,
yo también toqué las fajas petroleras
y me envenené;
podría decir
que el paisaje es negro

como la riqueza,
y no hay aurora que esconda
ese rigor,
esa lividez, cadáver natural,
cadáver familiar;
no quiero luz,
apaga la vela.

ELEGÍA AL POTRO RUCIO MORO

I

Oscurecidos los días,
el establo con hedor a velorio sana la sombra del
paisano.
Ñero, oscurecidas las horas escondo el semblante,
el sombrero, monte sin cortar;
abundan lágrimas, cayó el campeón de la manga,
cayó cableado en la bala pura, corriente alterna,
cayó en migajas cortando peso a la gravedad,
sobando la herida en sus patas.
Se oscurecen los minutos, ñero, los segundos
de la andanza vieja, la carrera sin estribo,
con pezuñas tiesas del barranco vine a enterrar
morocotas,
a hundir la mañana en el caballo, perder regalías.

II

El oro ecuestre cercenaba la finca,
mi Rucio Moro, su nuca reventada sobre el potrero,
sus tres vueltas, los retorcijones de Isidro cada mañana
nos palpaban la memoria, la pantalla adolorida.
Yo le tomaba fotos al caballo agonizante,
desangraba su mirar, retorció las coplas comunes,
no imaginaba que repetiríamos sus palabras,
las canciones, la hoja del abuelo en mi cartera;
no esperaba desalojar palabras de otro tiempo,
ciclo irremediable, hora nueva.

III

Hay luto en la manga -antes habría usado otro orden-,
hay luto en las tablas de la casa,
el aire arrecia
y huele a muerto.
Las ventanas desechas, montículos en el pastizal
arremeten contra mis ojos,
la música no suena en la manga,

no colean hombres
y sus cuerdas no amarran novillas con dureza;
la caballeriza, su techo mohoso
me acicala las cienes,
niego cada imagen de mi mente,
los ojos apergaminados del potro
revientan las lágrimas.

IV

Se parece al anciano llorando,
a las hojas sueltas, la pérdida del pulso,
se parece a otra canción,
más no del mismo modo nos traslada el lenguaje
a una forma absurda de elegía,
un recuento de infinitas muertes
con el rostro de mi abuelo,
solidez en el semblante parco,
en las palabras ultrajadas de Reinaldo,
en la hora del escribiente;
la repetición, hemos dicho, es inevitable,

escritura como sombra ajena,
escritura como ciénagas
y ojos húmedos
habitaciones demacradas
y palizas si te atreves a preguntar:
¿Por qué se oscurecen los días,
los potreros, las nucas reventadas, las centellas?

V

No pude finalizar la obra.
No estoy en Mayo,
las vocales no reposan en mí como un vientre.
No tiembla la sogá al tacto,
correteas, eso sí,
a las vacas en el asfalto metropolitano.
Ya olvidas tu caballo,
ya olvidas el olor de la bosta,
el relincho cada madrugada,
el tiempo pasa, no es domingo,
no dejas los libros para pensar en la muerte,

la vibración, los dedos que se acaban,
un potrero viejo,
una camilla,
un hueco en la memoria.

Este libro ha sido
realizado en
formato digital en
los días de julio
del año 2020 por
el equipo editorial
de La Casa
Andrógina en la
Ciudad de
Maracaibo,
Venezuela.